

Y la que, hijo Salvador con un arpa de ferre y
de pajar, porque su hijo de cated es la única mujer á quien
de arado.

Y para el comedor, platos sencillos, que me han hecho

Y don Joaquín, llevando de la mano á sus hijos, este

de la casa.

Gerardo se inclinó á un lado de la casa, y allí, en un
trata á sus manos, estaba haciendo libros fuertes y sencillos
de la pedrera, donde se veían algunos de sus trabajos.
Tras de él, se lo veía en un momento. Gerardo se
tubo en un lado.

El señor Urrutia había con sus hijos, lo que era
cuando él iba corriendo á trabajar en la casa, cuando
con voz agudísima, con las manos en los bolsillos, se

DE TAL PALO.....

cuando en cuando, para ir á trabajar.
Dijo, los meses, y con la cabeza en un momento, se
nombró de su nombre.

Por espacio de los meses, se fue en un momento, que
noche uno de sus hijos, cuando se volvió para ir á

Nos vemos obligados á decirles dos palabras á nuestros
lectores, antes de entrar en la materia de este capítulo.

Gerardo había sufrido una prision de cinco años por raptor
sacrilego y asesino: no fué esta la pena que se le impuso, pero
como había dicho muy bien Gerónimo, tenia dinero y ante el
oro la justicia humana se ablanda. Durante este período,
Nicolás era el encargado de la educacion de Julio: este, y la
servidumbre del señor Urrutia, iban con frecuencia á su
prision.

Lució por fin el dia de su libertad, y Gerardo volvió á su
casa profundamente triste, pero nunca arrepentido. Para
acallar sus recuerdos que eran muy dolorosos, el señor Urru-
tia adquirió un vicio mas: se hizo borracho. Todas las no-
ches salia de su casa al anochecer, y era llevado á la ma-
drugada á su lecho, por el lacayo ó por Gerónimo que lo
seguian por órden de Nicolás.

Gerardo se dirigia á un café de tercer órden, y allí, sentado frente á una mesa, estaba bebiendo licores fuertes y groseros, hasta quedarse dormido: entónces, algunos de sus mezos entraba al café, se lo cargaba en hombros, y Gerardo despertaba en su lecho.

El señor Urrutia bebia con exceso ántes de embriagarse: cuando el licor comenzaba á trastornarle la cabeza, cantaba con voz aguardientosa coplas soeces, en las que siempre sacaba á colacion el nombre de Julia. Se interrumpia de cuando en cuando, para reirse á carcajadas.

Sobre las mesas, y con la punta de su navaja, escribia el nombre de su amada.

Por espacio de seis meses esta fué su vida, hasta que una noche, uno de sus antiguos amigos lo convidó para una orgía: Gerardo fué gozoso, y allí se encontró con Rosario, su antigua querida. Verse y reanudar sus relaciones, fué todo uno.

Aquella infernal mujer estaba como siempre: fresca, lozana y sin una arruga en el rostro. Solo tenia de más á una niña preciosa, que la llamaba madre y que llevaba el nombre de Susana.

Cuando Gerardo la vió, se quedó deslumbrado de la belleza y de la rara precocidad de la niña.

—¿Y esta niña? le preguntó á Rosario.

—Es mi hija.

—¿Tu hija!

—Sí: ¿y qué te admira? ¿Acaso no podia tener hijos?.....

—Sí pero es muy bella, y.....

—Tanto mejor, pronto hará fortuna.....

—Yo tambien te llevaré á tu casa á mi hijo Julio.

—¡Holal tú tambien, ¿eh?.....

—Sí, repuso Gerardo con tristeza; lo tuve en Julia.

—¿En Julia!

—Sí, aquella jóven..... la..... Y Gerardo acabó la frase al oído de Rosario.

—¡Ah! ahora me acuerdo..... pero, ¿qué tienes! ¿por qué lloras? Vaya que eres el mismo; lloron y niño aunque ya tienes canas.....

—Son de sufrimientos.

—Tontol!

—Rosario: ¿nunca has amado?.....

Gerardo, al interrogar á la cortesana, lo hizo con tal ternura, que su voz parecia haber salido del fondo de su alma.

Por la frente de Rosario cruzó algo velóz como el relámpago, pero se disipó al punto y repuso:

—Vamos, no hablemos de eso aquí. Ve á jugar: quiero saber si eres tan afortunado como en otro tiempo. Vuelve pronto, y si quieres, nos iremos de aquí para casa: tenemos mucho que hablar.

—Pero.....

—No hay peros: vivo sola. Susana fué un episodio y nada más..... Todavía me da risa al recordar cómo conocí á su padre; ¡jál jál jál..... qué chasco!

—Cuéntame, cuéntame.

—Es una historia.

—Brevemente.

—Te pierdes de los detalles.

—No le hace, en tu casa me los referirás despues.

—Pues bien, escucha: caminaba yo de Colima para Guadalupe, cuando en un punto que no recuerdo su nombre, nos robaron; pero no creas, nos dejaron en camisa á las mugeres y sin ella á los hombres..... ¡jál jál jál qué lance

tan salado. Uno de mis compañeros de coche me veía con insistencia, siempre que los demás viajeros no le observaban.

Llegamos al paraje: se consiguió para las señoras algunos malos abrigos; los hombres se morían de frío: aquel individuo tiritaba, yo que soy caritativa..... Este fué el padre de Susana.....

Cuando llegamos á Guadalajara, supe que aquel jóven venía á México con objeto de estudiar Sagrada Teología: no supe mas, ni tampoco lo he vuelto á ver.

—Vaya una historia! Voy á jugar.

Media hora despues volvia Gerardo con los bolsillos repletos.

—¿Nos vamos?

—En el acto.

Desde ese instante, Gerardo se entregó otra vez en brazos de Rosario, y de toda clase de vicios y de desórdenes.

Julio vivía con la querida de su padre, nutriéndose con aquellos ejemplos. Susana y él, se vivían jugando: hacían figuraban que eran *marido y muger*, etc., etc.,

Estos juegos no eran sencillos, los pobres niños tenían la suficiente malicia, y allí, en la sombra, pasaban escenas y se dirigían palabras que la pluma no puede trazar, pero que las madres de familia están en obligacion de adivinarlas.

Cuando Susana cumplió catorce años, había perdido hacia un año lo mas caro que tiene la muger, su pureza.....

Hemos dicho lo bastante: presentemos á nuestros personajes.

Era la conjuncion de la luna de Agosto: llovía. El reloj de San Fernando marcó con cierta lentitud las nueve: el eco

de la campana parecia confundirse lúgubrementó con el ruido acompasado y monótono de la lluvia.

En la sala de una casa baja, y sentados frente á una mesa cubierta con un blanco mantel, sobre el cual había manjares apetitosos, vinos y flores, puestas en vasos de cristal, se hallaban dos jóvenes elegantes, y dos muchachas bonitas, sentadas junto á ellos: todos hablaban y bebían con entusiasmo.

—Sírvenme vino, Susana, dijo uno de ellos acercando su copa.

Una de las muchachas, que era una rubia interesante, sirvió vino en la copa.

—A tu salud, dijeron los jóvenes chocando sus copas.

—Vamos, cántanos algo, Susana

—Pero ¿qué quieres que te cante, Julio?

—Aquella cancion que cantabas cuando éramos niños.

—¡Hola! ¿Con que ustedes se conocen desde muchachos?

—¡Bah! repuso Julio, desde entónces nos amamos, Perico; por eso nunca dejaré á Susana: *se la pego* y todo, pero ella es la preferida.

—¡Jesus! si á mí me dijera eso Perico, dijo la otra jóven, me moría yo.

—Yo no te lo digo, Consuelo, pero lo hago, contestó Perico.

—Bien hecho: así lo quieren á uno mas, agregó Julio vaciando su vaso de un solo trago.

—Te vas á emborrachar.

—Qué..... Estoy acostumbrado á beber mucho: con decir que le gano á papá.

—¡Bebes delante de tu padre!

—¡Bah! hasta que me emborracho. ¿Qué crees tú, que

mi padre es mojigato? no señor, muy despreocupadote que es..... Me visita..... figúrate.

—¡Caramba! ¿aquí?

—Aquí; pues no faltaba más: él costea mis gastos y quiere mucho á Susana.

—Pues ustedes son como casados.

—Claro: y sin la bendición ridícula del fraile que para nada sirve.

—No se parecen ustedes á nosotros, dijo Consuelo; Perico nunca me saca á pasear, y tiene que hacer mas trácalas para quedarse fuera de su casa como ahora que.....

—Ya lo creo, mi tío me da unos palos.....

—Yo ya le hubiera metido una bala: y á propósito, ¿crees que el otro día en el tiro de pistola, me derrotaría Carlos?

—¿A tí?

—Sí, pero estaba yo borracho. Con que, cántanos algo, Susana, pero aquí junto á mí, quiero darte un beso. Vamos, Consuelo, beba usted, y hágale carifritos á Perico.

Consuelo apuró su vaso mirando á su amante. Este se acercó á ella, la besó, y apuró el suyo.

Susana se habia acercado á Julio, y despues de besarle, comenzó á templar la vihuela.

Con voz clara, tierna y armoniosa, la jóven cantó una romanza que respiraba inocencia, contrastando con aquella situación.

Al concluir, todos aplaudieron. Julio exclamó:

—¡Dame mas vino! quiero embriagarme: esa cancion me hizo recordar nuestra niñez: así me cantabas cuando jugábamos á que era yo tu novio.

Susana llenó el vaso de su amante, humedeciéndosele los ojos al escuchar sus palabras, y le dijo:

—No te vuelvas á incomodar conmigo..... Si siempre fueras tan amable como ahora, me reputaria por la mas feliz de las mugeres.

—Pues cuidado con que vuelvas á salir con la vieja de tu madre á la calle, porque entónces.....

—No volveré á salir, te lo prometo.

—Bueno no, bueno, contestó Julio medio borracho. Pero, ¡qué vol! Bebe, Perico, qué... po... co hom... bre eres.....

—Sí ya estoy borracho, Julio.

—No seas..... Esas, son ma..... las par.... ti.... das.

—Haremos el ponche, Julio: apagamos las velas y nos alumbramos con la luz azulosa del coñac.

—Cabal: y can.... tamos.... pe.... ro.... to.... dos.....

—Consuelo, ¿qué sucede con usted?

—Voy á beber con Susana.

Oyóse el choque de los vasos, y las jóvenes apuraron su contenido.

Perico dejó su asiento tambaleándose, y fué por tres botellas de coñac que estaban sobre una consola.

Pusieron en medio de la mesa un cazo; en él se vaciaron las botellas, se le puso azúcar y varias frutas, y Consuelo acercó la llama de la vela. El coñac comenzó á arder: Susana apagó las velas.

A la azulosa y fantástica llama del ponche, los jóvenes, teniendo á sus queridas sentadas encima de ellos, comenzaron á cantar.

De tiempo en tiempo, alguno de ellos meneaba el ponche.

Media hora despues Perico servia el ponche en los vasos.

Todos comenzaron á beber: á los cuatro vasos de ponche, Julio, Perico, Susana y Consuelo, estaban ébrios.

Julio comenzó á lavarse, despues se perfumó, en seguida se cambió ropa interior y exterior, y luego que hubo terminado le dijo á Gerónimo:

—Anda á ver si está en casa papá.

El criado salió, volviendo á poco rato al cuarto de Julio, y le dijo:

—El amo manda llamar á usted.

—Dile que ya voy.

Gerónimo salió de nuevo y Julio se disponia á ir al llamado de su padre, cuando vió sobre su mesa—escritorio una carta: tomóla en sus manos, la abrió y leyó lo siguiente:

«Julio:

Estoy impuesta de que tiene usted una querida con quien vive por San Fernando: no creia yo á usted tan prostituido en tan cortos años. En tal virtud, nuestras relaciones quedan rotas desde este instante: suplico á usted me devuelva mis cartas y mi retrato, y recoja las suyas y los objetos que me ha dado, por conducto de mi prima Concha.

EMILIA.»

—¡Jál jál jál fué la contestacion de Julio. Vaya con la niña honrada!... jál jál jál!... si supiera la pobrecilla su origen nada limpio... Voy á contestarle á la muy tonta una carta venenosa; sí, á ver si por mojitata la hago mi querida. Que aumente el número de las vencidas.

Y Julio se sentó frente á su mesa, empuñó la pluma, tomó un pliego con su cifra y comenzó á escribir.

Habria trascurrido media hora, cuando la puerta del cuarto se abrió, entrando Gerardo en él. Julio levantó la cabeza, le vió y siguió escribiendo.

Gerardo estaba inconocible: no estaba viejo, sino acabado; en cambio habia engordado hasta un grado superlativo: la barba y el pelo le habian crecido en abundancia; parecia mas bien un oso que un hombre de sociedad. El vestido era viejo y descuidado. Aquella especie de sordidez era voluntaria; sus potencias intelectuales se habian embotado tambien.

—Señor marqués, he mandado llamar á usted y no ha tenido la amabilidad de ir, dijo Gerardo á su hijo en tono sarcástico.

—Duque, dijo Julio sin dejar de escribir, iba á tener el alto honor de ir á veros, cuando me hallé en mi mesa una carta que me ocupo en contestar.

—¿Y qué carta es esa?

—Es una carta en que me despiden bonitamente á paseo. Como te despidió á tí mamá, segun me has contado. ¿Y que te parece? ¿no es verdad que es importante?..... Pero ya pronto acabo: siéntate, que te necesito.

Gerardo se estremeció, dirigió á su hijo una larga mirada y le dijo con tono reposado y profundo á que no estaba acostumbrado Julio:

—Aquí espero.

Julio comprendió el tono que Gerardo habia dado á su voz, pero no hizo caso.

Por fin, el jóven concluyó la carta: la dobló con mucha calma, se la guardó en la bolsa de pecho de su levita y se volvió del lado á donde estaba su padre.

—¿Con que decias?.....

—Que es preciso que te morigeres en tu conducta: yo te dejo bastante libertad, pero tú abusas.

—¿Sí, eh? contestó Julio sonriendo y sacando un habano de la faltriguera. ¿Y en qué consiste el abuso? sepamos.

—Consiste, exclamó Gerardo dominando su cólera, en que ya no hay noche que no te emborraches, en que le das de golpes á Susana, y eso es horrible, indigno de un hombre que tiene levita y se llama decente..... Además, juegas mucho y pierdes grandes sumas por.....

—Alto, papacito, alto. Voy á darte mis razones y voy á confundirte con ellas: no eres muy fuerte en lógica, porque jamas te ha pasado por las narices, pero mis razones están al alcance de todo bicho viviente. Vamos por órden, el órden es lo primero en todas las cosas.

Juego porque tú juegas: me emborracho porque tú te embriagas tambien; le pego á Susana porque tengo mal carácter..... En algo te habia yo de aventajar, vaya que sea en esto. ¿De qué te asustas? ¿á qué viene ahora ese sermón ridículo y esa cara avinagrada? ¿De cuándo acá se te puso en las narices volverte papá terrible, papá respetable?

—Porque en todo te excedes y.....

—Qué excedes ni qué alforjas: lo que hay de cierto es lo siguiente: que te levantaste de mal humor y dijiste: «Vamos á mortificar á Julio para desquitarme; hincémosle el diente á ver si se deja.» Pero te encontraste con buenos argumentos, y ya estoy mirando que te vas á rendir á discrecion. Vamos, date por vencido, que te necesito: ya sabes que te quiero y te respeto cuando eres bueno conmigo, pero cuando té la quieras *echar de lado*, entónces.....

—Pero hombre, vas por la posta.

—Ese sí es argumento, para que veas: si hubieras empezado por ahí, nos entendemos al punto. Dime: no abuses porque gozarás ménos, y te comprendo: juega para ganar y no para perder porque nos arruinamos, y te concedo la razon;

pero no me hables de moral, porque la moral se hizo para los pobres.

—¿Y los golpes á Susana?

—No le volveré á zurrar, pero tú evita que salga con la madre: no me conviene; Rosario es tu querida, y lo puedes conseguir fácilmente, evitando de esta manera que yo le pegue á la muchacha.

—Bueno, lo haré, pero no abuses: ¡caramba! me has ganado.

—Ya lo creo; yo soy hombre de mundo. Yo bebo coñac como agua, sin estremecerme como tú á la primera copa. Con la baraja en mis manos, sé tanto ó mas que tú: enamoro, sin interesar el corazon; eso se queda para los poetas que se vuelven espíritu y se quedan sin la sustancia: no tengo amigos, sino compañeros de orgía y de quienes me sirvo siempre que los necesito. No tengo creencias de ninguna especie: no creo ni que hay Dios.

—¡Julio!

—Qué tontito eres, papá. Dios es una fábula bellísima; los tontos, los pobres y los cobardes, tienen necesidad de él: pruebas. Un tonto, jamas investiga, porque su mediana inteligencia no se lo permite; en consecuencia cree en Dios porque le dijeron que creyera en él desde niño: su horizonte alcanza tanto como sus narices. Un pobre, porque está esperando que ya que no obtuvo bienes de fortuna, Dios le dé la gloria eterna; por último, un cobarde, que es lo mismo que decir tonto y pobre, porque tiene miedo de condenarse, y quien gana con la credulidad de la pobre gente son los frailes.

—Cállate, cállate, blasfemo: no he venido á discutir conti-

go la existencia de Dios. Ya me voy; yo soy malo, pero esa creencia será mi única salvación.

—Bien, vete, pero mándame veinte onzas que necesito.

—No tengo.

—Entonces vendo algo.

—Julio, por Dios, me arruinas.

—No, papá; esta noche, te juro que gano y te pago.

—Voy á mandártelas, dijo Gerardo saliendo del cuarto.

—Gracias, señor duque, contestó Julio con aire cómico.

—¡Adios, demonio! Y Gerardo salió del cuarto de su hijo lleno de ira y sintiéndose impotente para corregirlo.

EL DOMINGO.

Los domingos, las gentes que durante la semana se ocupan en sus quehaceres, se visten ese día de limpio, se ponen sus mejores trages y salen á las calles con cara ufana: los domingos parece que hasta el sol brilla con mayor intensidad: por último, los domingos son los días en que las gentes trabajaderas descansan y se pasean.

Era una mañana de estío: habia dado el reloj de Santa Catarina las nueve en el momento en que Salvador cerraba la puerta de su cuarto de la calle del Apartado.

Salvador estaba apuesto con su traje de fiesta. Llevaba un pantalon negro, que aunque era de un género grueso y por consecuencia impropio para la estacion, le caia muy bien sobre sus piés, calzados con botines de charol: el chaleco era blanco, con botones de cristal: la camisa estaba muy limpia. Un saco azul oscuro y un sombrero fieltro, completaban el humilde traje de Salvador.

No obstante la sencillez del vestido del jóven, estaba elegante. La elegancia, en nuestro concepto, depende mas bien

del donaire y soltura con que se lleva la ropa, que de la riqueza de la tela y su buen corte: agregad á esto, la fisonomía simpática del adolescente, y tendreis un conjunto agradable.

Por otra parte, en Salvador habia una circunstancia mas para que su figura fuese interesante: amaba, amaba por la primera vez, y los amores á esa edad son deliciosos. Ese bello sentimiento que conmueve nuestro corazon, embellece tambien nuestro rostro. Hay un no sé qué encantador en la mirada de los que aman, que nadie podrá describir: ese brillo en la mirada, lo da la satisfaccion del deseo cumplido, el contento, el bienestar de que disfruta el alma.

Salvador, registrando sus bolsillos, se alegró infinito al ver que contenian doce reales.

¡Doce reales, lectores! que el jóven habia reunido sabe Dios con cuántas privaciones; pero qué importaban estas, si su haber le iba á proporcionar la incomparable dicha de obsequiar á su Sofia.

Comenzó á bajar lentamente la escalera, echando cuentas consigo mismo.

—Veamos, se decia Salvador, primero, á misa; segundo, á comprar un ramillete de flores (el jóven no decia *bouquet*), tercero, á la dulcería á comprarle á mi amada las pastillas que le gustan: cuarto y último, á comer allá.

El jóven pasaba en ese instante frente á la puerta de la caserá, que era la que le hacia el aseó del cuarto y le prestaba otros servicios.

—¡Alabado sea Dios, niño! y qué buen mozo está su merced, y qué guapo!

—Buenos dias, Casimira, buenos dias, contestó Salvador reboando de alegría.

—Y ahora, siguió diciendo la portera, á pasear, y despues á ver á la niña.....

—¿Cuál niña?

—¡Ah que niño Salvador! no se haga usted desentendido, la que vive en San Pedro y San Pablo; *pus luego..... ¡jál jál jál!*..... le he comido á usted el trigo.

—¿Y cómo? repuso Salvador ruborizándose de placer, pues no hay cosa que mas agrade á los que aman que les hablen del objeto querido.

—*Pus*, Francisca, la criada de allá, es mi amiga.

—¡Ah! vaya. Hasta luego, Casimira. Y Salvador salió á la calle.

Consecuente en su plan, el jóven se dirigió á Santo Domingo, á donde asistió á misa: despues compró un bonito ramillete de flores en la esquina del Espiritu Santo y San Francisco; en seguida se gastó en la dulcería unos tres reales, y á paso de carga tomó el camino de la casa de don Joaquin Cabrales.

Sofia estaba de centinela en la ventana, pues habian dado las once y media y Salvador no llegaba. Cuando Sofia descubrió á Salvador, y este á la jóven, sus lábios se plegaron por la sonrisa mas deliciosa.

—¡Ay, qué ramo tan bonito! exclamó Sofia.

—Es para tí.....

—Chis, hizo la jóven llevando el índice á sus lábios; papá está en la sala.

—Es para usted, Sofia, volvió á decir Salvador dándole á la jóven un tratamiento ménos familiar.

—Pase usted.

Salvador entró: Don Joaquin, sentado en el sofá, leía un libro.

—Señor, buenos días.

—¿Cómo te va, hijo mío?

—Bien, señor ¿y á usted?

—Aquí haciendo cóleras.

—Para qué lee usted eso tan triste, papá!

—Para convencerme cada día mas y mas, de que la canalla tan estúpida como feroz, se venga cuando le llega su vez de aquellos que le son superiores.

—¿Qué obra es esa?

—La revolucion de Inglaterra, llevada á efecto por la debilidad de un rey y la audacia de un cualquiera llamado Cromwell. Oye un trozo.

—No, papá, no lea usted nada triste.

—No es la muerte de Carlos I lo que voy á leer, sino un rasgo de la vida de ese hombre: escuchen ustedes. «No se atrevia á salir de su palacio para ir á dar un corto paseo; le alarmaba de un modo extraordinario la sola presencia de un desconocido; llevaba constantemente encima un par de pistoles y debajo de sus vestidos una fuerte cota de mallas.»

—Ya está la comida en la mesa, entró diciendo una criada.

—¡Caramba! no me interrumpen.—«Cuando llegaba la hora de cerrar las puertas, esta era una operacion que á nadie confiaba: el protector, el dueño de Inglaterra, aquel á quien obedecian muchos millones de ciudadanos, era el que corría los cerrojos del palacio, y colocaba las centinelas.»

—¡Jál jál jál qué tal, hijos míos? dijo el señor Cabrales.

—Pobre hombre, contestó Salvador.

—Vamos á comer, hijos míos, dijo don Joaquin cerrando el libro y dirigiéndose al comedor.

La comida fué sumamente agradable: esos cuadros tran-

quilos del hogar, esparcen en nuestro sér la dicha mas apetecible.

A las tres y media de la tarde, don Joaquin, precedido de Sofía y de Salvador, salió de su casa, para ir á pasear á la alameda.

La amante pareja iba por delante: el señor Cabrales los seguía de cerca, recreándose al mirarlos.

Las gentes que transitaban por las calles, sonreían con malicia al ver á los amantes niños: ninguno se equivocaba juzgándolos hermanos. Ellos no veían á nadie, iban extasiados con mirarse, y Sofía hablaba con calor, mientras que su amante la escuchaba complacido.

—¡Oh! que bonitos son los domingos ¿verdad, Salvador? Estamos juntos desde que llegas á comer á casa hasta en la noche que te vas. ¿No te da gusto pasear conmigo? Deja, papá quiere darte la sorpresa de llevarnos al teatro: nada mas que arregle un negocito.

El jóven se ruborizó.

—¡Ah, qué orgullo! ¿qué, te da vergüenza que mi padre te lleve al teatro? No me gusta la gente orgullosa, yo acepto tus regalos sin avergonzarme. ¿Por ventura vale mas el dinero que el corazon? Entre los que se aman como tú y yo, los bienes son comunes: anda, tonto.

—¡Cuánto te amo, Sofía!

—¿De veras? repuso la jóven entrecerrando los ojos y mirando á Salvador con pasion.

—Sí.

—Pues tengo duño.

—¿Quien es él?

—Un muchacho estudiantito, muy buen mozo, de ojos negros y que se llama.....

—Salvador.

—¿Qué, serás tú?

—Yo creo.

—Qué le hemos de hacer: me conformo.

—Muchas gracias.

En este momento llegaron á la Alameda, y un dulcero de los que andan á caza de amantes, se acercó ofreciendo sus dulces.

Salvador compró dulces, y los dos niños siguieron andando por una de las frondosas calles, hablándose casi lo mismo, pero creyendo que su conversacion era muy variada.

Al oscurecer, Salvador y Sofía, acompañados de su papá, regresaban á su casa, habiendo pasado un dia encantador.

LA CITA.

Serian las diez de la mañana de un dia del mes de Junio, en el instante en que una jóven vestida con elegancia y cubierto el rostro con un espeso velo, se apeaba de un coche del sitio, frente á la puerta del Tívoli de San Cosme: pagó al conductor, y entró en el hermoso jardin.

Dirigióse á uno de los mozos pidiéndole la condujera á un cenador apartado de los demas, y donde no pudiera ser vista. El mozo, condujo á la jóven al lugar que deseaba y esperó sus órdenes.

—No debe tardar un coche, que conduce á un jóven; preguntará por mí: guíelo usted acá.

El mozo se alejó sonriendo con malicia como hombre acostumbrado á estas aventuras, yendo á apostarse á la puerta de entrada, seguro de haber ganado ya una buena propina.

No habian trascurrido diez minutos, cuando otro coche de sitio se detuvo frente á la puerta del Tívoli.

Una sola ojeada le bastó al mozo para persuadirse que el